

# Nombres viejos y nombres nuevos. Sobre la onomástica moderna<sup>231</sup>

Ana Zabalza Segúin  
*Universidad de Navarra*

Resumen: En el presente artículo se analiza la onomástica usada en una parte del Reino de Navarra entre 1530 y 1740. Las fuentes en que se basa son protocolos notariales, de los que se ha extraído los nombres de 6.500 personas que en algún momento otorgaron una escritura notarial: aproximadamente 3.700 varones y 2.500 mujeres. Para un mejor análisis de la evolución de tendencias, el estudio se ha dividido en periodos temporales. Como resultados, se observa que se producen cambios en el modo de llamar a las personas. Seguramente el principal factor de cambio procede de los decretos del Concilio de Trento y de los sínodos locales que le siguieron: desaparecen los nombres inspirados en las novelas de caballerías o en héroes clásicos, para ser sustituidos por los nombres de santos, en parte antiguos, pero en parte -a partir del segundo cuarto del XVII- "contemporáneos", a raíz de las canonizaciones de nuevas figuras. En este marco rural, la tradición juega un papel predominante. Las nuevas tendencias no suplantarán la onomástica tradicional en la medida en que ésta evoca a los santos antiguos; pero sí se percibe un mayor interés en la individualización de cada persona y en la ruptura de la homonimia -frecuente incluso entre hermanos- mediante la formación, sobre todo a partir de la segunda mitad del XVII, de nombres compuestos. Tratamos de situar esta evolución en su contexto europeo.

Palabras clave: Onomástica. Navarra. Edad Moderna. Siglos XVI y XVII. Concilio de Trento.

Abstract: In this paper we focus on the names and naming patterns used during the Early Modern Age in Navarre (1530-1740). Our sources are notary's records, from which we have obtained about 6.500 names of people who signed a document along this period of time: 3.700 males and 2.500 females. The study is divided in shorter time periods. As a result, we proved that there were changes in naming patterns. It seems clear that one of the main reasons was the application of Trent Council's decrees (after 1563) and local synod that followed it: those names inspired by Middle Ages literature or by classical heroes were replaced by saint's names, both old and new. In this rural area, tradition does really matter. New trends did not replace the traditional naming patterns, because this was inspired by old saints. But the new trends underlines the individuality of the carrier; and composed names are becoming more common, as a way of breaking homonymity. We place the evolution of this region inside the European context.

---

<sup>231</sup> Este trabajo es fruto de la colaboración con Antonio Moreno Almárcegui.

[*Memoria y Civilización (M&C)*, 11, 2008, 105-134]

Key words: Naming Patterns. Navarre. Early Modern Age. 16th-17th centuries.  
Trent Council.

### 1. Introducción

En los diez años de vida de la revista *Memoria y Civilización*, han sido numerosos los artículos consagrados a la época moderna. De entre ellos, destacan por su relativa abundancia los que podrían adscribirse a lo que, en sentido amplio, podríamos considerar historia cultural: no en vano el primer número se abrió con un trabajo de Peter Burke sobre esta parcela historiográfica<sup>232</sup>. Poco más adelante, se dedicó un número monográfico, el tercero (2000), al análisis de lo ritual. De una manera u otra este tipo de enfoque ha estado presente como línea de continuidad a lo largo de toda la trayectoria de la revista.

Con el presente trabajo nos proponemos ahondar en esa línea, al abordar una cuestión relacionada con artículos que han visto la luz en *Memoria y Civilización* a partir de 1998: se trata de la asignación de nombre a un recién nacido y las pautas que presiden esta elección en la España moderna. No es la antroponimia, a mi juicio, un tema menor. Tras su aparente estabilidad a lo largo del tiempo, la elección y uso del nombre nos remite a cuestiones como la era de confesionalización que vive Europa tras las reformas religiosas, el proceso de individualización del hombre moderno, o el seguimiento de los desplazamientos de población<sup>233</sup>, con todo lo que comporta.

### 2. El nombre y su función clasificatoria

La función clasificatoria del nombre propio es bien conocida. Se ha dicho que es un bien de consumo gratuito, cuyo uso es obligato-

---

<sup>232</sup> Peter BURKE, "From cultural history to the history of cultures", *Memoria y Civilización*, 1, 1998, pp. 7-24.

<sup>233</sup> Recientemente se ha podido comprobar este aspecto en el coloquio celebrado en la Casa de Velázquez sobre Movilidad y Antroponimia, bajo de la dirección de Gregoire Salinero (noviembre de 2008).

rio<sup>234</sup>; asimismo, se ha afirmado que la elección de un nombre de bautis-mo, que coloca al recién nacido bajo la advocación de un santo de la Iglesia, no es nunca neutra<sup>235</sup>. Al mismo tiempo, distintos autores han reconocido que, lejos de ser un tema menor, su estudio constituye un buen indicador de los cambios a lo largo del tiempo<sup>236</sup>. Para el historia-dor, según Dupâquier, el modo en que los individuos son nombrados no es cuestión de simple curiosidad o un mero estudio de las modas. En la sociedad tradicional, la atribución de un nombre marca la admi-sión del niño en la familia y en la comunidad. En este sentido, es sin-tomático que los niños muertos al nacer fueran bautizados pero nunca recibiesen nombre, aunque fueran enterrados en tierra consagrada<sup>237</sup>.

Sin embargo, la libertad en la elección del nombre de un niño no debe ser exagerada. Como ha señalado con acierto Smith-Bannister, el margen de maniobra en el Antiguo Régimen quedaba muy reducido por una serie de prácticas: fundamentalmente, porque el niño recibe el nombre de otro miembro de su parentela, más o menos extensa. La mayoría de los niños ingleses nacidos entre 1538 y 1700 - la época por él estudiada- se llaman como sus padrinos o como sus padres. La libre elección quedaba reducida a un modesto tercer lugar<sup>238</sup>.

Siguiendo a este mismo autor, podemos decir que los nombres son modos de estructurar el universo mental, y se imponen para distinguir a un determinado sujeto. Éste autor desglosa así el valor clasificador del nombre: ante todo, el nombre de pila define al nombrado como

---

<sup>234</sup> Jacques DUPÂQUIER, "Naming Practices, Godparenthood, and Kinship in the Vexin 1540-1900", *Journal of Family History*, 6, 1982, p. 135.

<sup>235</sup> Claude LARQUIÉ, "Mentalités et comportements à l'époque moderne: le prénom des enfants madrilènes aux XVIIe et XVIIIe siècles", en: Jean-Pierre AMALRIC, ed., *Pouvoirs et société dans l'Espagne moderne*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1993, p. 125.

<sup>236</sup> Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns in England 1538-1700*, Oxford, Clarendon Press, 1997, p. 2.

<sup>237</sup> Jacques DUPÂQUIER, "Naming Practices...", p. 135.

<sup>238</sup> Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns...*, p. 176-178. Ésta es una de las tesis centrales del libro.

humano: los nombres personales se distinguen de los de animales. Además, sirve para especificar el sexo de su portador; lo identifica, en su caso, como cristiano, y en determinados casos denota asimismo su status social. Como trataremos de mostrar a continuación, proporciona información sobre el lugar y el tiempo en que ha vivido un individuo; puede indicarnos cómo la gente se clasifica a sí misma. Por último, hay evidencias de que, en ciertos contextos, los contemporáneos ven el nombre de una persona como símbolo.

Sin embargo, pronto veremos como esta formulación, tan neta, es en realidad un punto de llegada; es decir, no siempre la función del nombre estuvo tan claramente distinguida, sino que, como toda realidad histórica, se fue configurando en el tiempo.

Como ya se ha dicho, aquí nos centraremos, más que en el análisis de una lista –de la que carecemos–, en el de todas las personas que aparecen mencionadas en las notarías de Aoiz, localidad situada en una de las cuencas pre-pirenaicas de Navarra, entre 1530 a 1725. En total, nuestra muestra se compone de unos 6.500 casos: aproximadamente 3.700 varones y 2.500 mujeres.

De cara al estudio de los modos de nombrar, la fuente seleccionada presenta ventajas e inconvenientes. Inicialmente, la onomástica no era uno de los objetivos de nuestro estudio; de ahí se derivan algunas limitaciones al tratar determinados aspectos. Esto no oscurece las principales aportaciones de los protocolos notariales, sobre todo el permitir la reconstrucción de la trayectoria de muy diversos linajes a lo largo de generaciones. Los protocolos notariales –contratos matrimoniales, sobre todo– no suelen proporcionar información sobre los padrinos de bautismo; sin embargo, la reconstrucción de las series de parientes, muchas veces corresidentes, nos permite deducir en muchos casos el origen del nombre de los niños: abuelos, tíos, etc.

Por otra parte, los protocolos notariales permiten conocer el tejido social de la región, desde los hogares más humildes a los privilegiados; y, en nuestra región, seguir hipotéticos canales de difusión de nuevas ideas y comportamientos, una de las principales virtualida-

des del estudio del uso del nombre<sup>239</sup>, aun con las salvedades hechas sobre la limitada libertad de elección.

Otro aspecto que interesa resaltar es que, especialmente en los primeros años objeto de nuestro estudio, es claro el divorcio entre cultura escrita y cultura popular. La inmensa mayoría de los pobladores de nuestro territorio se expresaban en lengua vasca; no sabían leer ni escribir, y eran raras las oportunidades de salir de su comarca. Sin embargo, el escribano real, que entiende su lengua, debe escribir sus documentos en castellano, utilizando categorías igualmente ajenas a la mentalidad popular. La impresión que se obtiene de la lectura de estos documentos es que el nombre impuesto en el bautismo no siempre correspondía con el efectivamente usado en la vida cotidiana. Sólo así puede explicarse la dificultad de los padres para reconstruir los nombres de sus hijos cuando son requeridos a ello por el escribano; y, sobre todo, el frecuente fenómeno de la homonimia, que no excluía, como veremos, la falta de diferenciación entre géneros. Este panorama, para nosotros confuso, va clarificándose a medida que pasa el tiempo, para llegar, ya en el XVIII, a un sistema de clasificación prácticamente igual al que conocemos. Estudiamos, por tanto, los años del cambio.

### *3. La evolución de la onomástica*

Por desgracia, la reconstrucción de casas para el periodo 1530-1599 dista de ser completa. Pero la misma dificultad para enlazar la información de que disponemos es ya manifestación de la irregularidad en el modo de nombrar. La formación tanto del nombre como del apellido de un individuo, varón o mujer, no parece seguir una norma fija; las reglas aparentemente varían en cada hermano. Es más, algunas personas adoptan distintos nombres y especialmente apellidos a lo largo de su vida, quizá de acuerdo con las diferentes etapas de su curso vital. Como se ha dicho, “hasta entrada la contemporaneidad, para los vascos el nombre personal no era único ni unívoco, pues

---

<sup>239</sup> Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 135.

caracterizaba al adulto en relación con su comunidad”<sup>240</sup>. Con estas condiciones, no sólo es difícil reconstruir la genealogía de un linaje, sino incluso la biografía de un sujeto, aunque esté bien documentada<sup>241</sup>.

He optado por dividir el espacio temporal analizado en varios periodos. En primero de ellos, **1530-1599**, presenta características singulares, si bien la escasez de datos y la dificultad en la reconstrucción de linajes nos obligan a ser especialmente cautos. Ante todo, tanto entre los varones como entre las mujeres se utilizaban todavía nombres de sabor medieval, que no tardarán en desaparecer, y rápidamente, sobre todo a partir de 1630. Algunos de estos nombres son, entre los varones, los de resonancias novelescas, como Cruzat, Lanzarot o Tristán<sup>242</sup>; los nombres de antiguos reyes, como Jimeno,

---

<sup>240</sup> Enriqueta SESMERO CUTANDA y José Carlos ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, “Nombrar por ser: denominativos personales en Vizcaya, siglos XIV-XIX”, en: *II Congreso de Jóvenes Historiadores y Geógrafos*, Madrid, CSIC, 1993, p. 334. Para la Francia rural se ha mostrado cómo un mismo individuo podía ser conocido simultáneamente por distintos nombres, según el ámbito en que se encontrara: Françoise ZONABEND, “Jeux de noms. Les noms de personne à Minot”, *Études rurales*, 74, 1979, pp. 51-85.

<sup>241</sup> En un trabajo reciente, Tamar Herzog ha matizado, sobre este punto, que “es esencial [...] no confundir el desorden con la falta de reglas”: Tamar HERZOG, “Nombres y apellidos: ¿cómo se llamaban las personas en Castilla e Hispanoamérica durante la época moderna?”, *Anuario de Historia de América Latina*, 44, 2007, pp. 1-35. El texto citado figura en la p. 34.

<sup>242</sup> Como ha señalado Pegerto SAAVEDRA, “La onomástica constituye también un espejo del mundo cambiante de las devociones. En el sínodo orensano de 1543-1544 el prelado mandaba a los curas que les fuesen impuestos a los niños “nombres de sanctos e sanctas que están en el cielo, poque se les deis por abogados, e no Héctor ni Roldán, ni otros que habéis acostumbrado a les poner”: Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 323.

Por otra parte, Del Valle Lersundi, en un artículo ya antiguo, recogía la existencia de nombres tomados de libros de caballería en Guipúzcoa: Fernando DEL VALLE LERSUNDI, “Una forma del femenino y el valor de la letra “ch” como diminutivo en los nombres de los guipuzcoanos de los siglos XV y XVI” (I), *RIEV*, XXIV, 1933, p. 177. Sobre esto, cfr. también Juan

García, Sancho, Rodrigo, Carlos o Fernando (estos dos últimos en sus variadas formas); otros quizá más locales, como Iñigo (también con la forma Eneco), Ochoa o Jacue. Parte de esta antroponimia en proceso de extinción tiene resonancias francesas, como Dionisio o Beltrán. Finalmente, decae el uso de los nombres de algunos santos cuya devoción tal vez fuera perdiéndose, como Gil –cuya fiesta era un hito del calendario agrícola– o Mateo. En este último grupo resulta especialmente significativo el rápido declive del uso de los nombres de santos patronos gremiales, como Cosme o Damián, que quizá deba ponerse en relación con la languideciente vida urbana de Aoiz durante estos siglos.

El paralelo de esta evolución lo encontramos en la onomástica femenina, aunque con menor variedad. Este rasgo –un menor número de nombres femeninos en uso– será constante a lo largo del periodo estudiado, y ya fue puesto de relieve, por ejemplo, por Dupâquier<sup>243</sup>. Entre los nombres que van camino de desaparecer algunos parecen de origen culto y medieval, como Aldonza, Brianda o Beatriz; otros parecen más rústicos y tal vez locales, como Sancha o Prima. Algunos coinciden con los nombres más usados en esta época en el Vexin francés, como Margarita o Magdalena, pero pronto perderán su popularidad. Nombres cada vez menos frecuentes son también Teresa, Inés y Elena.

Periodo	Otros nombres	Origen medieval (femeninos)	Origen medieval (masculinos)	Total
<b>1530-1599</b>	460 (87%)	12 (2,27%)	57 (10,8%)	<b>529</b> <b>(100%)</b>
<b>1600-1629</b>	1086 (91,6%)	21 (1,77%)	79 (6,66%)	<b>1186</b> <b>(100%)</b>
<b>1630-1659</b>	1562 (93,1%)	21 (1,25%)	94 (5,61%)	<b>1677</b> <b>(100%)</b>
<b>1660-1689</b>	941 (96,3%)	12 (1,23%)	24 (2,46%)	<b>977</b> <b>(100%)</b>

---

Carlos GUERRA, *Estudios de Heráldica Vasca*, San Sebastián, Librería Internacional, 1927, p. 450-1.

<sup>243</sup> Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 138, se refiere a la menor imaginación que refleja el corpus de nombres femeninos en la región del Vexin francés (se refiere a la década 1590-99).

[MyC, 11, 2008, 105-134]

<b>1690-1719</b>	1369 (96,2%)	17 (1,19%)	37 (2,6%)	<b>1423</b> <b>(100%)</b>
<b>1720-1739</b>	573 (97,8%)	2 (0,34%)	11 (1,88%)	<b>586</b> <b>(100%)</b>
<b>Total</b>	<b>5991</b> <b>(93,9%)</b>	<b>85</b> <b>(1,33%)</b>	<b>302</b> <b>(4,74%)</b>	<b>6378</b> <b>(100%)</b>

*Tabla 1. Evolución del uso de antropónimos medievales, en mujeres y varones*

Entre la onomástica masculina y la femenina se aprecian algunas diferencias que merece la pena comentar. Para este primer periodo en el que ahora nos centramos, se observa que unos pocos nombres son llevados por un alto porcentaje de personas, pero este fenómeno de concentración es mucho más acusado entre las mujeres. Concretamente, más de una cuarta parte de las mujeres –el 28%– se llamaban María; esta proporción pasa a ser el 40% si sumamos los nombres compuestos de María<sup>244</sup>. A cierta distancia, otros dos nombres mayoritarios eran Catalina (22,4%) y, en menor proporción, Juana (14%). En conjunto, las tres cuartas partes de las mujeres que vivieron entre 1530 y 1599 respondían a uno de estos tres nombres. De los restantes, merece destacarse únicamente Graciana, apelativo que gozó siempre de cierta popularidad (4,9%), y su variante, quizá más moderna, Graciosa (0,7%). Teresa es usado por el 3,5%; Isabel por el 2,1%; Margarita por el 1,4%. En consecuencia, sólo el 10% de las mujeres (15 sobre un total de 143 para esta etapa) llevaban nombres distintos de los citados.

En el caso de los nombres masculinos –para el que contamos con mayor número de observaciones–, la concentración es menor, aunque también acusada. No se da el predominio tan claro de un único nombre, como sucede con María entre los nombres femeninos, y la variedad es mayor, de manera que un relativamente amplio 21,3% de los varones que vivieron en el XVI llevan nombres que se incluyen en la categoría de “otros”, es decir, más que el doble que en el caso femenino.

<sup>244</sup> En el periodo estudiado no aparecen nombres de advocaciones marianas, tan frecuentes después.



Periodo	Otros nombres	Nombres estables femeninos	Nombres estables masculinos	Total
1530-1599	199 (37,6%)	134 (25,3%)	196 (31,1%)	<b>529</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	407 (34,3%)	304 (25,6%)	475 (40,1%)	<b>1186</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	455 (27,1%)	455 (27,1%)	767 (45,7%)	<b>1677</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	300 (30,7%)	312 (31,9%)	365 (37,4%)	<b>977</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	358 (25,2%)	485 (34,1%)	580 (40,8%)	<b>1423</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	117 (20%)	211 (36%)	258 (44%)	<b>586</b> <b>(100%)</b>
<b>Total</b>	<b>1836</b> <b>(28,8%)</b>	<b>1901</b> <b>(29,8%)</b>	<b>2641</b> <b>(41,4%)</b>	<b>6378</b> <b>(100%)</b>

*Tabla 2. El uso de los nombres “estables”*

Otra diferencia entre la onomástica masculina y la femenina estriba en que, mientras la popularidad de los principales nombres de mujer se va erosionando paulatinamente a lo largo de la Edad Moderna, producto, sin duda, de la introducción y arraigo de nuevos nombres, en el caso de los varones no sucede lo mismo. Encontramos una serie, corta, de apelativos muy estables en el tiempo, independientes de modas. En este corpus, del que señalaremos ahora las principales características, la única novedad digna de reseñarse será, a partir de 1600, la fulgurante aparición de José, el único nombre de instauración reciente que llegará a arraigar popularmente en proporción estimable<sup>245</sup>. Cabe añadir que, como sucede en el Vexin francés, los nombres compuestos siempre fueron más frecuentes entre las mujeres que entre los varones.

<sup>245</sup> Este fenómeno, como se sabe, es general; hablaremos de él con más detenimiento al tratar de los siguientes periodos, pues en esta época es desconocido.

Este rápido incremento de varones llamados José (Joseph) se dio también en Inglaterra a partir de 1620: Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns...*, p. 137. No obstante, puede que la fuente de inspiración, en el caso inglés, fuera el Antiguo Testamento, pues corre parejo al incremento de otro nombre bíblico, Samuel.

Estos nombres masculinos “estables” se reparten en proporciones similares: Juan, sin duda, es el más común (12,9% solo; 14,4% compuesto). Martín, otro de los nombres cuyo arraigo se mantiene, incluso aumenta, es llevado por el 16%, y Miguel –uno de los raros casos en que el patrono local triunfa como antropónimo<sup>246</sup>– por el 13,3%. Pedro supone el 9,13%, mientras que Sancho el 6,46% –aunque, a partir de aquí no cesará de disminuir hasta casi desaparecer. Otros nombres con alguna significación son Carlos (3,04%) y Antonio (2,28%), ambos en declive, y Lope (1,14%). Como hemos dicho, 56 personas se reparten el resto de los nombres (21,3%)<sup>247</sup>.

En definitiva, señalábamos al principio cómo eran característicos de este periodo los nombres de resonancias medievales. Sin embargo, lo más frecuente, tanto para las mujeres como sobre todo para los varones, es el uso de estos antropónimos estables, y que son, al menos en parte, comunes a los más empleados en las regiones de Francia e Inglaterra estudiadas: Juan, Martín, Miguel, Pedro; María, Juana, Catalina. Con estos nombres “estables” sucede lo que un autor ha señalado para otro ejemplo: los nombres más comunes siempre se mantienen en proporciones similares; en cambio, los infrecuentes sufren bruscas alteraciones<sup>248</sup>.

---

<sup>246</sup> Sucede algo parecido en el Vexin francés: Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 138. Por otra parte, en Galicia se ha señalado también la “escasa devoción” que parece suscitar el patrono local. Por ejemplo, en Santiago de Compostela durante esta misma época sólo un 2% de los cabezas de familia atiende por Santiago o Jacobo: Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana...*, p. 327.

<sup>247</sup> Es interesante contrastar esta onomástica con la que proporciona Lacarra, tomada del “Libro Rubro” o libro de las cuentas del Monasterio de Iranzu, redactado a mediados del siglo XIII. Consiste en un listado de “collazos”, y podemos comprobar cómo sus nombres son los mismos que aquí vemos en trance de desaparición: Gil, García, Sancho, Miguel, Martín, Lope, para los varones; Sancha, Teresa o María para las mujeres. En conjunto, el libro de cuentas de Iranzu da la impresión de un corpus de nombres más reducido que el moderno. José María LACARRA, “Onomástica vasca del siglo XIII”, *RIEV*, 1933, p. 314-7.

<sup>248</sup> Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns...*, p. 137.

**1600-1629.** Al igual que sucede en esas otras regiones del continente, el corpus de nombres en uso se contrae –si bien, en las siguientes etapas, se ampliará tímidamente. Entre los apelativos femeninos, esta contracción alcanza su punto álgido, de manera que sólo un 7,94% (27 casos de 340) llevan nombres distintos de los 10 más comunes. El predominio de María (simple: 27,4%; compuesto: 9,71%) sigue siendo neto, así como la abundancia de Catalina (19,4%) y Juana (12,6%); todos ellos se mantienen con ligeras pérdidas relativas. Las novedades principales son el sensible aumento de Graciana (13,5%) y Graciosa (2,06%), que pasan a situarse entre los más populares; y, quizá sobre todo, la aparición, todavía tímida, de un nombre destinado a tener gran difusión: Josefa, del que encontramos los dos primeros casos (0,58%). Margarita gana cierta popularidad (2,06%), mientras que Teresa e Isabel bajan (1,47% y 1,18%, respectivamente), y encontramos por primera vez cinco mujeres llamadas Ana (1,47%), nombre que es muy probable que con anterioridad hubiera caído en desuso.

En el caso masculino, la contracción del corpus es también sensible: sólo 99 casos de 638 llevan nombres ajenos a los diez más difundidos (15,5%). Sin embargo, mientras en el caso femenino este es el periodo de mayor concentración, en el caso de los varones todavía aumentará. Los nombres más comunes siguen siendo los mismos: Juan (simple: 11,4% y compuesto: 17,6%) se mantiene; Martín aumenta y pasa a denominar a un importante 20% del total; también crece el número de Pedros (13,9%), y en cambio desciende un poco el porcentaje de los que tienen como patrono al titular de la parroquia de Aoiz, Miguel (11,6%). También aquí aparecen por primera vez tres José (0,47%) y dos Francisco (0,31%). Por el contrario, viejos nombres cada vez menos usados son Sancho, que retrocede sensiblemente (2,98%), Carlos (1,72%) y Antonio (0,47%). Otro nombre tradicional, Lope, experimenta una efímera difusión (3,29%). Salvo en el caso de los que incorporan Juan, los nombres compuestos de varón son prácticamente desconocidos.

**1630-1659.** Se trata del periodo en el que la concentración en unos pocos nombres es más acusada<sup>249</sup>. Este rasgo se esconde bajo una mayor variedad, pero en realidad se trata de nombres apenas usados. Quizá sea éste el rasgo más marcado: drástico descenso de los nombres “medievales”, que, entre las mujeres, se reducen a la tercera parte de la etapa anterior (sólo un 8% de ellas los llevan, frente a 25% del periodo anterior); en el caso de los varones, el descenso es más suave, pero también sensible. En el caso femenino, se da cierta diversificación, que consiste sobre todo en una mayor variedad de nombres (un 12,5% son distintos de los diez más extendidos, frente a sólo el 7,94% en el periodo anterior). Pero cada vez más mujeres llevan los nombres más usados. Así, por ejemplo, María pasa a ser llevado por el 33%; además del 7,9% que lo usan compuesto; en cambio, bajan suavemente todos los demás: Catalina (17,7%), Graciana (9,06%, cada vez más sustituido por Graciosa, 3,7%); Juana (10%), Margarita (1,54%), Teresa (0,58%), incluso Josefa (0,39%), Ana (1,16%).

El corpus de nombres masculinos también se dilata, y pasa del 15,5% al 18,3% de personas con nombres distintos de los más usados. Entre estos diez, las tendencias, como puede apreciarse en el cuadro, son las mismas: Juan sigue siendo llevado por cerca del 30% de los varones (simple, 14,6%; compuesto, 15,6%). Martín sigue siendo también muy popular (19,4%), y se mantienen con ligeras pérdidas Miguel (11,4%) y Pedro (10,5%). Se confirma el descenso de Sancho (2,3%) y Lope (1,57%), mientras que Antonio, Carlos y Francisco mantienen niveles similares (1,15%, 2,51% y 0,84% respectivamente). Encontramos ya 14 casos de José (1,46%), ninguno de los cuales es todavía compuesto.

**1660-1689.** Quizá la característica más digna de reseñarse sea la difusión de nombres “nuevos”, en uno y otro sexo. Sin duda, por estos años llega a la madurez la generación posterior a los sínodos derivados de Trento, y comienza a notarse el eco de las canonizaciones de nuevos santos que, interrumpidas durante bastantes años, se reanudan

---

<sup>249</sup> Dupâquier señala para el periodo 1640-1649 una disminución en la variedad de los nombres: Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 138.

tras el Concilio<sup>250</sup>. Pese a ello, en este periodo la variedad de nombres se mantiene estable, frente al incremento del periodo anterior (12,9% de mujeres con nombres infrecuentes, y 16,2%, menos que en el segmento anterior, para los varones). Este hecho coincide con la restricción del corpus antroponímico que señala Dupâquier para el Vexin francés hasta el último cuarto del XVII. Quizá debido a esta restricción, y para evitar la hominimia, tan frecuente, en este mismo periodo se difunde el uso de nombres compuestos en uno y otro sexo (tabla 4); tal vez esta sea la característica más destacada. Conviene señalar que el número de observaciones para este periodo es inferior al del precedente.

Periodo	Otros nombres	Nombres femeninos nuevos	Nombres masculinos nuevos	Total
1530-1599	528 (99,8%)	1 (0,19%)	0	<b>529</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	1156 (97,5%)	12 (1,01%)	18 (1,52%)	<b>1186</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	1580 (94,2%)	41 (2,44%)	56 (3,34%)	<b>1677</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	878 (89,9%)	44 (4,5%)	55 (5,63%)	<b>977</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	1242 (87,3%)	99 (6,96%)	82 (5,76%)	<b>1423</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	495 (84,5%)	42 (7,17%)	49 (8,36%)	<b>586</b> <b>(100%)</b>
<b>Total</b>	<b>5879</b> <b>(92,2%)</b>	<b>239</b> <b>(3,75%)</b>	<b>260</b> <b>(4,08%)</b>	<b>6367</b> <b>(100%)</b>

Tabla 3. La introducción de onomástica nueva

Para las mujeres, María sigue siendo predominante, con un 30%, pero cambia su composición: el 27% de ellas lo usan simple, y el 12,7% compuesto<sup>251</sup>. El segundo nombre tradicionalmente más usa-

<sup>250</sup> Cayetano FERNÁNDEZ ROMERO y Jesús María USUNÁRIZ GARAYOA, "El Año Ritual en la España de los siglos XVI y XVII", *Memoria y Civilización*, 3, 2000, pp. 49-51.

<sup>251</sup> El problema del nombre de María como compuesto es complejo, y se desarrolla más adelante.

do, Catalina, sigue descendiendo (15,1%, con un 0,27% compuesto); en cambio, Juana sube algo (11,3% y 1,08%, simple y compuesto). Graciana sigue descendiendo (7,82%), sin que de momento Graciosa recoja ese excedente (3,23%); Josefa presenta ya once casos simples (2,96%); Teresa y Ana suben ligeramente (1,35% y 1,89%, respectivamente), mientras que Isabel y Margarita pierden popularidad (0,8% y 1,35%).

Entre los varones sucede, a grandes rasgos, algo parecido. Sin embargo, el nombre más popular, Juan, experimenta una evolución contraria, pues aumenta como simple (20,5%) y disminuye como compuesto (11,2%). Martín sigue incrementando su difusión (20,9%, más 0,63% compuesto), y Miguel y Pedro bajan o se mantienen estables (9,7% y 10,5%). Sancho, Lope y Carlos van camino de desaparecer (0,42%, 1,27% y 1,48%), al contrario que José (2,95%, más 0,2% compuesto).

Periodo	Nombres simples	Nombres compuestos	Total
1530-1599	307 (99,7%)	1 (0,33%)	<b>308</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	714 (99,6%)	3 (0,42%)	<b>717</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	1038 (99%)	11 (1,05%)	<b>1049</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	515 (97,5%)	13 (2,46%)	<b>528</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	714 (94,1%)	45 (5,93%)	<b>759</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	281 (86,7%)	43 (13,3%)	<b>324</b> <b>(100%)</b>
<b>TOTAL</b>	<b>3569</b> <b>(96,9%)</b>	<b>116</b> <b>(3,15%)</b>	<b>3685</b> <b>(100%)</b>

Tabla 4. Difusión del uso de los nombres compuestos masculinos

Periodo	Nombres simples	Nombres compuestos	Total
1530-1599	202 (91,4%)	19 (8,6%)	<b>221</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	423 (91,6%)	39 (8,44%)	<b>462</b> <b>(100%)</b>

<b>1630-1659</b>	563 (89,6%)	65 (10,4%)	<b>628</b> <b>(100%)</b>
<b>1660-1689</b>	378 (84,4%)	68 (15,2%)	<b>446</b> <b>(100%)</b>
<b>1690-1719</b>	485 (73,2%)	178 (26,8%)	<b>663</b> <b>(100%)</b>
<b>1720-1739</b>	179 (68,3%)	83 (31,7%)	<b>262</b> <b>(100%)</b>
<b>TOTAL</b>	<b>2230</b> <b>(83,1%)</b>	<b>452</b> <b>(16,9%)</b>	<b>2682</b> <b>(100%)</b>

Tabla 5. Difusión del uso de nombres compuestos femeninos

**1690-1719.** Este segmento temporal es el que comprende un mayor número de observaciones, para uno y otro sexo. En él se da una gran difusión de nombres “nuevos”, sobre todo femeninos. Como características generales se pueden señalar el aumento del uso de compuestos, y la creciente diversificación de los nombres femeninos (un 16,8% se incluyen en el apartado de “otros”). Por el contrario, el corpus masculino experimenta una ligera contracción (15,1%). En cuanto a la proliferación de nombres compuestos, rasgo general en el país durante el XVIII, Larquié ha señalado como una de sus causas el aumento de la esperanza de vida al nacer y, por consiguiente, el aumento del tamaño de los hogares y el uso de compuestos para evitar la homonimia<sup>252</sup>.

Entre los apelativos femeninos, la creciente variedad no impide que también aumente el número de las llamadas “María”. Eso sí, ahora ya son más las que llevan este nombre compuesto (20,2%) que simple (18,1%)<sup>253</sup>. Los otros dos nombres tradicionalmente más usados, Catalina<sup>254</sup> y Juana, siguen perdiendo popularidad (13,5% y 8,22%; Juana además se usa compuesto en un 3,78% de los casos). De

<sup>252</sup> Claude LARQUIÉ, “Mentalités et comportements...”, p. 128.

<sup>253</sup> El porcentaje de “María” es exactamente el mismo que en la diócesis de Ourense en la primera mitad del XVIII: Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana...*, p. 324. El resto de la onomástica presenta también grandes similitudes.

<sup>254</sup> Catalina pierde popularidad, sensiblemente también, en Madrid: Claude LARQUIÉ, “Mentalités et comportements...”, p. 131.

todas formas, conviene recordar que algunas de las que tienen María como primer nombre pueden llevar Catalina como segundo. Isabel, Teresa y Ana se mantienen (0,67%, 1,48%, y Ana 0,67% simple y 1,15% compuesto). Margarita sigue cayendo en desuso (0,82%), mientras que de Josefa encontramos ya 18 casos como nombre simple (2,96%). Graciana y Graciosa (5,26% y 5,59%) han pasado a ser dos de los nombres relativamente más frecuentes.

Los nombres masculinos siguen las pautas que ya apuntábamos: el corpus no aumenta, y la concentración en unos pocos nombres es cada vez mayor. Sin embargo, el más popular, Juan, decrece por primera vez<sup>255</sup> (21,8% simple, 3,11% compuesto), y se mantiene estable Martín (20,1%). Algunos nombres en declive experimentan efímeras subidas, como Pedro (13% simple y 0,7% compuesto), Miguel (11,3% simple y 0,4% compuesto) o Sancho (1,41). Lope, Antonio y Carlos se mantienen o descienden ligeramente (0,84%, 1,98% y 1,55%), mientras que José, con 27 casos simples, pasa a ser el 3,81% del total. Francisco sigue su lenta pero constante ascensión (2,4% simple, 0,7% compuesto).

**1720-1739.** En este último segmento temporal, el número de casos observados vuelve a descender para ambos sexos. En cuanto a la variedad, de nuevo los nombres masculinos y femeninos parecen seguir distintas trayectorias, pues mientras los de varón se diversifican, aunque muy ligeramente, los de mujer se contraen de manera más sensible.

Además, entre estos últimos, la presencia de María y sus compuestos es abrumadora: casi la mitad de las mujeres se llaman así (22,3% simple, 24,6% compuesto). Del resto de antropónimos femeninos, sólo Catalina resiste esta hegemonía (14,5%), y además se da muchas veces en composición con María. Juana, antes tan frecuente, representa sólo el 4,3% de casos como nombre simple, y el 4,7% como compuesto. La balanza entre Graciana (2,73%) y Graciosa

---

<sup>255</sup> Larquié señala un descenso importante en el uso de este nombre en Madrid, al contrastar las cifras de 1600 y 1799: Claude LARQUIÉ, "Mentalités et comportements...", p. 131.



(6,25%) se inclina definitivamente del lado de ésta, sin duda su versión más moderna. Ana, que nunca llegó a adquirir gran arraigo, supone sólo un 1,56% como simple y 0,4% como compuesto; Isabel, el 1,17%. De Margarita sólo encontramos un caso, y Teresa simplemente ha desaparecido. En cambio, Josefa representa el 4,3% de los nombres femeninos.

Entre los masculinos, los principales nombres se mantienen en niveles similares a los de la etapa anterior: Juan (21,4% simple, 4,1% compuesto); Martín (19,8% simple, 3,14% compuesto). Miguel y Pedro descienden de nuevo (7,23% y 7,86%), pero dos viejos nombres, casi olvidados, resurgen: Lope (2,83%) y Sancho (2,2%). José se difunde sobre todo como nombre compuesto (2,52%), y Francisco es cada vez más popular (3,46% simple, 1,57% compuesto). Antonio y Carlos van siendo olvidados (0,63% ambos).

Como conclusión, vemos que, pese a la existencia de muchos rasgos comunes, hay ciertas diferencias en la evolución de nombres masculinos y femeninos. Entre los primeros se da una mayor variedad proporcional –aunque también la muestra es más abundante– y una mayor distribución entre los nombres más usados –sobre todo, Juan y Martín, pero también Pedro y Miguel, con más del 10% cada uno. En cambio, el corpus femenino es más reducido, y presenta una mayor concentración en un único nombre: María, al que sigue a mucha distancia Catalina. De los restantes, sólo Juana, sumando sus formas simples y compuestas, supera el 10%, así como la suma de Graciana y Graciosa. Dejando aparte estos nombres de carácter estable, la vieja onomástica medieval languidece a partir de 1630, aun con esporádicas reactivaciones. Los nombres “nuevos”, hasta la fecha en que terminan nuestras observaciones, sólo se abren paso con dificultad en un mundo dominado aún por la tradición. El único caso reseñable es el éxito de José y Josefa, singularmente a partir de 1660, así como Francisco, aunque sólo en su forma masculina y desde esa misma fecha. Esta última fecha puede ayudarnos a datar el proceso de confesionalización en esta area rural del norte de España. Parece claro que el cambio onomástico derivado del Concilio tridentino no llega inmediatamente, sino que es posterior a las canonizaciones de 1622. Los efectos del Concilio son múltiples, pues junto a la ampliación del santoral se percibe también una mayor universalización: los santos patronos locales

dan nombre cada vez a menos niños (es el caso de Miguel en Navarra), frente a los nuevos modelos de santidad propuestos por la Iglesia, aunque como es lógico las permanencias son todavía intensas<sup>256</sup>.

El periodo de menor dinamismo parece ser las tres primeras décadas del siglo XVII. Por una parte, se extingue la onomástica medieval; por otra, el corpus no ha recibido aún aires renovadores. Junto a ello, aún no se han generalizado los compuestos. A partir de aquí, el panorama se irá diversificando, si bien tímida y lentamente.

#### 4. *María y sus compuestos en forma masculina*

Nos referíamos más arriba a la complejidad del tratamiento de los nombres compuestos, aludiendo en particular al importante caso de “María”. Como hemos visto, algo más del 25% de las mujeres que vivieron a lo largo de esta época llevaban el nombre de María simple, a las que hay que sumar un 14% más de formas compuestas. A algunas de éstas nos vamos a referir a continuación.

Como se ha dicho al describir la evolución general del modo de nombrar, la presencia de los nombres compuestos aumentó de manera continua a lo largo de la Edad Moderna, tanto para los nombres masculinos como para los femeninos, si bien entre éstos fue siempre una práctica más común. Ahora bien, al referirnos a los compuestos de “María”, sin duda los más importantes, conviene distinguir entre formas tradicionales y modernas. Estas últimas pueden adscribirse al fenómeno que podríamos llamar de “barroquización” de la onomástica, y supone la entrada de apelativos hasta entonces desconocidos, con frecuencia precedidos de “María”. Un ejemplo típico podría ser “María Josefa”, del que encontramos 25 ejemplos. Sin embargo, no nos queremos referir ahora a ellos, sino a las formas que hemos denominado “tradicionales”.

Nombre	Con María	Con Mari
Martín	58	5
Juan	44	19

<sup>256</sup> Cayetano FERNÁNDEZ ROMERO y Jesús María USUNÁRIZ GARAYOA, “El Año Ritual...”, pp. 57-9.

<b>Miguel</b>	27	1
<b>Total</b>	<b>129</b>	<b>25</b>

*Tabla 6. Nombres compuestos de “María” y un nombre masculino. Casos más frecuentes.*

Denominaremos así a una serie, relativamente amplia, de nombres de mujer formados por “María” o “Mari” como primer término, seguido de un nombre de varón, como Martín, Juan o Miguel, en forma masculina. Como puede verse en la tabla, aunque no forman un grupo muy numeroso –unos 200 en total–, sí es significativo<sup>257</sup>.

<b>Periodo</b>	<b>Con María</b>	<b>Con Mari</b>	<b>Total</b>
<b>1530-1599</b>	15 (11,7%)	0	<b>15</b>
<b>1600-1629</b>	27 (8,63%)	0	<b>27</b>
<b>1630-1659</b>	22 (4,82%)	14 (3,07%)	<b>36</b>
<b>1660-1689</b>	20 (6,19%)	6 (1,86%)	<b>26</b>
<b>1690-1719</b>	38 (7,51%)	4 (0,79%)	<b>42</b>
<b>1720-1739</b>	6 (2,68%)	1 (4,45%)	<b>7</b>
<b>TOTAL</b>	<b>128</b> <b>(6,56%)</b>	<b>25</b> <b>(1,28%)</b>	<b>153</b>

<sup>257</sup> Aunque nos centraremos en el estudio de los más representados, no son los únicos. De manera esporádica encontramos este tipo de formaciones con nombres de varón poco frecuentes, como María Simón, María Nicolás, María Matías o María Joaquín.

Juan Carlos de Guerra, en sus estudios de heráldica vasca, considera que este tipo de nombres se formaban añadiendo la mujer casada a su propio nombre el de su marido. Hemos intentado probar esta hipótesis en nuestra muestra, pues conocemos el nombre completo de buen número de matrimonios. Los resultados han sido negativos: al menos en la época que estudiamos, no era ésta la pauta de formación de la onomástica, ni parece que existiera esta costumbre entre las mujeres casadas. Juan Carlos GUERRA, *Estudios de Heráldica...*, p. 451.

[MyC, 11, 2008, 105-134]

Tabla 7. Distribución en el tiempo de “María” y sus compuestos masculinos

Quizá en este caso más que en ningún otro se plantea el problema del posible divorcio entre el registro oficial y las verdaderas formas de llamar a las personas. En efecto, la relativa popularidad de que gozaron estos nombres va siendo socavada por la aparición de formas cultas de los mismos, sobre todo Martina –que sustituye a María Martín o Mari Martín, el más difundido de los tres–, y, en mucha menor medida, Micaela, forma ilustrada de María Miguel que sólo parece arraigar en el ámbito urbano, y muy débilmente. Una prueba de que realmente estos nombres cultos están sustituyendo a las formas populares la constituye el hecho de que unos y otras sólo son empleados por el pueblo llano. Hemos tratado de correlacionar, por una parte, el uso de todos estos nombres en sus dos variantes, culta y popular; y, por otra, el tratamiento de “doña”, y, en todos los casos, el resultado es totalmente negativo: durante estos dos siglos, ninguna mujer noble usó estas denominaciones tradicionales, ni tan siquiera en sus formas renovadas. Además, desglosando por zonas el uso de Martina, vemos que se propaga sólo allá donde había sido más común su forma popular: es decir, en el área agrícola que rodea Aoiz y, sobre todo, en las aldeas ganaderas.

El uso de nombres “feminizados”, aunque con otras formas, se ha detectado también en Inglaterra por estas mismas fechas. Smith-Bannister agrupa bajo esta categoría apelativos como Joan, femenino de John; Thomasin, de Thomas –uno de los tres nombres ingleses más comunes–, o Frances, de Francis. Eran usados por mujeres pobres, y su frecuencia podía oscilar según regiones entre el 10,1 y el 19,2% de mujeres pobres<sup>258</sup>. El uso de estos nombres decaerá dramáticamente entre 1545 y 1695<sup>259</sup>, hasta llegar a menos del 5% de las niñas bautizadas en 1700.

Como consecuencia de este uso, por parte de las mujeres, de nombres “masculinos”, el problema de la homonimia aumenta, concretamente entre los hermanos. Según acabamos de ver, esta cierta di-

---

<sup>258</sup> Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns...*, p. 104-6.

<sup>259</sup> Scott SMITH-BANNISTER *Names and Naming Patterns...*, p. 172-3.

ferenciación sería exclusiva de las clases populares. Nos preguntamos ahora si en los hogares campesinos se usaban otras categorías para llamar a sus miembros, y es sólo ante el escribano real cuando se ven requeridos a utilizar las oficiales. Esta despreocupación por el nombre, tal y como hoy lo entendemos, explicaría la hominimia perfecta entre dos, tres o más hermanos, así como el cambio de nombres de una persona a lo largo de las distintas etapas de su curso vital. Este mismo hecho apunta a la posible existencia de una denominación “funcional” de cada sujeto, de acuerdo con el papel que desempeña en la casa en un momento determinado<sup>260</sup>. Para Larquié, hasta el Concilio de Trento no fue preceptivo dar un nombre de pila a cada uno de los hijos, siendo esta práctica poco frecuente; de esta manera, se afianzaba la individualidad del niño en el seno de la familia y de la sociedad<sup>261</sup>.

##### *5. Cauces de la difusión de nuevas costumbres*

Un aspecto importante del estudio de la denominación personal y su evolución lo constituye el análisis de los motores del cambio. Porque, indudablemente, los nuevos comportamientos se difunden a partir de ciertos focos, tanto geográfica como socialmente.

Desde el punto de vista geográfico, nuestros datos confirman lo que ya señaló Dupâquier: la ciudad va en vanguardia<sup>262</sup>. Problemas me-todológicos nos han impedido comprobar si se cumple aquí el retraso de 25 a 30 años que Dupâquier detecta en el campo respecto a la ciudad<sup>263</sup>. Lo que sí podemos afirmar es que, al final del periodo observado, los nombres que podemos considerar “nuevos” han

---

<sup>260</sup> Escribe Del Valle Lersundi que “hubo también costumbre en estas provincias, especialmente en la de Vizcaya, de poner a la hija primogénita el nombre de Mayora, que en Castilla fué también usado, aunque no en tanta proporción como en el Señorío y por lo general sin la “a” que aquí se le agregaba”. Fernando DEL VALLE LERSUNDI, “Una forma del femenino...”, p. 177.

<sup>261</sup> Claude LARQUIÉ, “Mentalités et comportements...”, p. 126.

<sup>262</sup> Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 142.

<sup>263</sup> También P. Saavedra habla de una evolución “quizá más parsimoniosa” en los concejos rurales: Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana...*, p. 325.

arraigado en el mundo urbano con una intensidad doble de la del ámbito rural, tanto en los nombres masculinos como en los femeninos (los porcentajes rondan el 8% y el 4%, respectivamente).

En cuanto a su difusión social, los resultados son también significativos. Los nobles –cada vez más instalados en el núcleo urbano de nuestra comarca– son los que adoptan con mayor decisión los nuevos nombres, tanto masculinos como femeninos (casi el 11% de los nobles los usan, frente al 3,9% de pueblo llano)<sup>264</sup>. Esta igualdad entre los sexos no la encontramos, en cambio, en el uso de los nombres estables –los más frecuentes con diferencia, como hemos visto– y extinguidos. Pensamos que este hecho puede resultar significativo. La modernidad, que, por una parte, relega a la mujer a funciones secundarias, por otra ensalza la individualidad, y denomina con términos equivalentes al varón y a la mujer. En cambio, en tiempos pasados, el equilibrio entre ambos sexos parece descompensado. La onomástica “medieval” fue mucho más usada por hombres que por mujeres, fuesen nobles o no (1,5%, frente al 5,5% para plebeyos y 6,4% para nobles). Es decir, parece deducirse que, en el pasado, en ese mundo del que nosotros sólo captamos sus últimas luces, era mayor la diferencia entre los sexos que la que existía entre distintos grupos sociales. De hecho, los viejos nombres femeninos que vemos desaparecer eran exclusivamente femeninos, sin doble masculino: Brianda, Beatriz, Inés. Y son en parte sustituidos, como acabamos de señalar, por nombres masculinos feminizados. Los nombres “estables” –la inmensa mayoría– presentan una menor diferenciación sexual, pero también existe. Esta onomástica es mayoritaria entre los varones (45,5%, tanto nobles como plebeyos), y se encuentra muy difundida también entre las mujeres campesinas (35%), pero no así entre las nobles (17,6%). En otras palabras, parece que la dama noble debía de distinguirse por el uso de nombres casi exclusivos suyos.

Resumiendo en pocos trazos las pautas generales de evolución de la onomástica, podemos distinguir varias tendencias. En primer lugar, como ya se ha dicho, desaparece la vieja onomástica medieval,

---

<sup>264</sup> Hemos tomado como indicador global de nobleza el tratamiento de “don” y “doña”.

en algunos casos con bastante rapidez. En Galicia ha podido seguirse una cronología similar: “los padrones fiscales de Lugo y Ourense permiten comprobar cómo entre 1540 y 1590 se producen en la onomástica cambios rápidos”<sup>265</sup>; y, con algunas excepciones locales, el elenco de nombres coincide. Con la onomástica medieval se extingue también, en general, la antigua existencia de nombres exclusivamente masculinos o femeninos. Entre los primeros, se puede señalar los casos de Gil –nombre relativamente frecuente aún en el XVI, y que desaparece por completo después de 1660– o García, que también desaparece, aunque más tardíamente, a partir de 1720. Algo parecido puede decirse de Fernando, nombre desconocido en su forma femenina, que puede encontrarse hasta el final del periodo estudiado, pero muy raramente. Todos estos nombres, en particular Gil, quedan recluidos hasta su desaparición en las aldeas más remotas, y, a excepción de Fernando, no son llevados por nobles. La dirección de los cambios parece ser siempre la misma: socialmente, de la nobleza a los grupos urbanos más acomodados, y de éstos al pueblo. Geográficamente, del mundo urbano a las aldeas circundantes, y de éstas a las aldeas montañosas más apartadas. La difusión social puede ser más rápida que la geográfica: los nombres de los pequeños señores asentados en sus remotos dominios no se distinguen en nada de los de sus colonos.

¿Y la onomástica femenina? La poca que ha llegado a la época estudiada parece responder a varios tipos. Hay restos de nombres populares, formas femeninas de algunos viejos nombres de varón, como Prima o Sancha<sup>266</sup>, ya mencionados; el primero desaparece en el XVI, y del segundo encontramos todavía dos casos antes de 1620, pero ya no vuelve a aparecer. En correlación con el tratamiento de “doña”, el resultado es totalmente negativo. Además, no los encontramos usados nunca en el ámbito urbano, y esto ya es un rasgo significativo.

---

<sup>265</sup> Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana...*, p. 325.

<sup>266</sup> Hemos encontrado un caso con la forma “Ancha” –Antso era la pronunciación vasca de su masculino.

En cambio, la onomástica femenina “noble” de tipo medieval es más rica. Conviene recordar que estamos hablando siempre de un número muy reducido de casos, pues la mayor parte de los nombres se concentran, como sabemos, en unos pocos. Sin embargo, las alteraciones que se observan en el estrecho margen restantes son interesantes. En primer lugar, la onomástica femenina “urbana”, a diferencia de la campesina, no es la traducción del correspondiente masculino: son nombres exclusivamente femeninos. Su fuente de inspiración parece ser la literatura. Se correlacionan positivamente con el tratamiento “doña”, aunque también los usan mujeres que carecen de él, y, en general, se usan sobre todo en el ámbito urbano. Sería el caso de Leonor (que desaparece antes de 1690); Aldonza, Beatriz, Inés y Elena, que caen en desuso a principios del XVII; y Elvira, que llega hasta el XVIII. Un caso especial es el de Teresa, que tal vez hubiera seguido los mismos pasos que los anteriores de no haber sido por la canonización, en 1622<sup>267</sup>, de la Santa de Ávila, probable causa de su efímera reimplantación a partir de 1660. Dos nombres de mujer que habían alcanzado una importante difusión, tanto social como geográfica, y van languideciendo son Magdalena y Margarita. Cabe preguntarse si, a lo largo de los siglos modernos, no se difunden nuevos nombres específicamente femeninos. La respuesta es que encontramos algún caso aislado, como Cecilia o, sobre todo, Clara –al que habría que relacionar con la espiritualidad franciscana–, pero de muy escasa implantación, y no llegan a cubrir el hueco de la onomástica extinguida. No todos estos nombres cumplen todas las características que acabamos de señalar, pero, a grandes rasgos, siguen esa misma trayectoria.

Como ya señalábamos antes, algunos de estos nombres –y otros masculinos– son nombres de antiguos reyes. En Inglaterra, por las mismas fechas, se ha señalado como característica de la aristocracia el uso de nombres de reyes. En su origen, esta práctica derivaría de la costumbre de que los propios reyes apadrinasen a los hijos de sus

---

<sup>267</sup> El 22 de marzo de 1622, el Papa Gregorio XV canonizó a Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Felipe Neri y San Isidro.



caballeros, dándoles su nombre<sup>268</sup>. Para Smith-Bannister, la tradición de recibir el nombre del padrino, en cualquier caso, tendría más peso que el afán de emulación social o cultural.

La fuente de renovación de la onomástica va a ser, cada vez más, la incorporación de nuevos santos al corpus ya existente. Se trata casi siempre de nombres masculinos, que se usarán en forma femenina, tanto por nobles como por plebeyos. Ya señalábamos antes los dos casos más importantes: José y Josefa, y Francisco y Francisca.

Periodo	Otros nombres masculinos	José	José compuesto	Total
1530-1599	308 (100%)	0	0	<b>308</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	714 (99,6%)	3 (0,42%)	0	<b>717</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	1035 (98,7%)	14 (1,33%)	0	<b>1049</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	513 (97,2%)	14 (2,65%)	1 (0,19%)	<b>528</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	728 (95,9%)	27 (3,56%)	4 (0,53%)	<b>759</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	302 (93,2%)	12 (3,7%)	10 (3,09%)	<b>324</b> <b>(100%)</b>
<b>TOTAL</b>	<b>3600</b> <b>(97,7%)</b>	<b>70</b> <b>(1,9%)</b>	<b>15</b> <b>(0,41%)</b>	<b>3685</b> <b>(100%)</b>

Tabla 8. La difusión en el tiempo del nombre “José”

Otros nombres femeninos	Josefa	Total
221 (100%)	0	<b>221</b> <b>(100%)</b>
460 (99,6%)	0	<b>462</b> <b>(100%)</b>
625 (99,65%)	2 (0,32%)	<b>628</b> <b>(100%)</b>
435	11	<b>446</b>

<sup>268</sup> Scott SMITH-BANNISTER *Names and Naming Patterns...*, p. 119-120.

[MyC, 11, 2008, 105-134]

(97,5%)	(2,47%)	<b>(100%)</b>
644	18	<b>663</b>
(97,25%)	(2,71%)	<b>(100%)</b>
251	11	<b>262</b>
(95,8%)	(4,2%)	<b>(100%)</b>
<b>2636</b>	<b>44</b>	<b>2682</b>
<b>(98,3%)</b>	<b>(1,64%)</b>	<b>(100%)</b>

Tabla 9. Difusión del nombre "Josefa"

Periodo	Otros nombres masculinos	Francisco	Francisco compuesto	TOTAL
1530-1599	308 (100%)	0	0	<b>308</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	715 (99,7%)	2 (0,28%)	0	<b>717</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	1040 (99,1%)	8 (0,76%)	1 (0,1%)	<b>1049</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	517 (97,9%)	8 (1,52%)	3 (0,57%)	<b>528</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	736 (97%)	17 (2,24%)	6 (0,79%)	<b>759</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	306 (94,4%)	11 (3,4%)	7 (2,16%)	<b>324</b> <b>(100%)</b>
<b>TOTAL</b>	<b>3622</b> <b>(98,3%)</b>	<b>46</b> <b>(1,25%)</b>	<b>16</b> <b>(0,43%)</b>	<b>3685</b> <b>(100%)</b>

Tabla 10. Difusión del nombre "Francisco"

Periodo	Otros nombres femeninos	Francisca	Francisca compuesto	TOTAL
1530-1599	221 (100%)	0	0	<b>221</b> <b>(100%)</b>
1600-1629	462 (100%)	0	0	<b>462</b> <b>(100%)</b>
1630-1659	624 (99,4%)	4 (0,64%)	0	<b>628</b> <b>(100%)</b>
1660-1689	439 (98,4%)	5 (1,12%)	2 (0,45%)	<b>446</b> <b>(100%)</b>
1690-1719	648 (97,7%)	7 (1,06%)	8 (1,21%)	<b>663</b> <b>(100%)</b>
1720-1739	250 (95,4%)	6 (2,29%)	6 (2,3%)	<b>262</b> <b>(100%)</b>
<b>TOTAL</b>	<b>2644</b>	<b>22</b>	<b>16</b>	<b>2682</b>

	(98,6%)	(0,82%)	(0,6%)	(100%)
--	---------	---------	--------	--------

Tabla 11. Difusión del nombre “Francisca”

Finalmente, como no podía ser menos, hay ciertos nombres que son casi exclusivos de la nobleza o de ciertas familias de altos oficiales regios. Las principales familias de la comarca tienen algo más que una onomástica propia: hasta cierto punto, sus nombres son “patrimoniales”, les pertenecen sólo a ellos<sup>269</sup> y son parte de la herencia inmaterial que se transmite de una generación a otra. De hecho, la onomástica ha sido un valioso auxiliar en nuestra tarea de reconstrucción de linajes, así como a la hora de establecer relaciones de parentesco lejano o amistad entre linajes destacados. Nombres como Onofre, Lupericio o Emerenciana son casi tan determinantes como un apellido. Ya hemos aludido antes a otros ejemplos, como Rafael o Susana. Luis y Luisa son nombres cuyo uso se mantiene estable en el tiempo, y correlacionan en un altísimo porcentaje con el tratamiento de “don” y “doña” y el asentamiento en el mundo urbano o periurbano. Otros, como Paula, aparecen más tardíamente en ese mismo medio geográfico y social, como una moda. Curiosamente, Pablo es un nombre prácticamente desconocido en todo el periodo estudiado, como también señala Dupâquier en el Vexin francés<sup>270</sup>. Pese a todo, en nuestra región “Juan”, el nombre más común, correlaciona positivamente con el tratamiento de “don”.

En definitiva, aunque nos faltan datos del punto de partida, parece que la evolución del corpus onomástico camina hacia la universalización. Es sorprendente el parecido que guardan las listas de nombres de muy diferentes ciudades españolas, o los indudables paralelismos que se observan con los casos franceses o ingleses<sup>271</sup>. Varios

<sup>269</sup> Es una idea que desarrolla Christiane KLAPISH-ZUBER, *La maison et le nom. Stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance*, París, EHESS, 1990.

<sup>270</sup> Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 137.

<sup>271</sup> Dupâquier escribe (la traducción es nuestra): “Pese a todo, los parecidos predominan sobre las diferencias. Lo que sorprende es la similitud de rangos y frecuencias, cuando uno hubiera esperado encontrar, en una [MyC, 11, 2008, 105-134]

autores han señalado que se produce durante esta misma época una reducción del número de nombres en uso: dicho con otras palabras, la onomástica se va estandarizando. Para Smith-Bannister, esto sería consecuencia, por una parte, de la costumbre de imponer a los niños el nombre de su padrino o madrina; y, por otra, de la progresiva reducción del número de personas entre las que se elige al padrino<sup>272</sup>. Junto a esto, un fenómeno típico de la modernidad, se va produciendo otro de importantes consecuencias: cada vez más, los niños no se llaman como sus padrinos, sino como sus padres. Esto parece ser especialmente cierto, al menos en Inglaterra, para los varones. Como consecuencia, por tanto, cada vez más niños van a llevar menos nombres. Junto a ello, es fácil deducir el papel de la onomástica como elemento que acompaña la conservación de un determinado orden social.

Dupâquier, por otra parte, presenta una Iglesia Católica beligerante contra la cultura popular, que tratará de marcar nuevas y estrictas pautas en la imposición de nombres a los niños. Esto explicaría, según este autor, la contracción del corpus onomástico a finales del XVII<sup>273</sup>; aunque acabamos de ver como Smith-Bannister da otra explicación a este mismo fenómeno.

Al estudiar la evolución de la onomástica durante el periodo que hemos seleccionado, no puede obviarse el problema de la reforma católica y la reforma protestante. Precisamente el estudio de los santos a cuya protección se encomendaban los recién bautizados puede darnos alguna luz sobre la difusión de la doctrina tridentina y sobre las diferencias entre países católicos y protestantes. En efecto, la existencia de estudios antroponímicos sólidos para otras regiones de la Cristiandad en este mismo periodo nos permitirá establecer un punto de comparación de indudable interés<sup>274</sup>.

---

Francia todavía muy dividida y particularista, verdaderos jardines de nombres, en los que una gran diversidad de nombres floreciese entre lo común”: Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 142.

<sup>272</sup> Scott SMITH-BANNISTER *Names and Naming Patterns...*, passim.

<sup>273</sup> Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 154.

<sup>274</sup> Nos referimos sobre todo al trabajo ya citado de Scott SMITH-BANNISTER, *Names and Naming Patterns in England 1538-1700*, Oxford,

Smith-Bannister, en su estudio sobre 122.000 individuos, hombres y mujeres, que vivieron en Inglaterra entre 1538 y 1700, ha agrupado los nombres en diferentes categorías: nombres tradicionales ingleses; nombres de santos de la Sagrada Escritura –con una importante distinción entre santos del Antiguo y del Nuevo Testamento–; y nombres de santos no bíblicos. No faltan ejemplos de nombres procedentes de otras fuentes, pero en la época estudiada se trata de casos sumamente infrecuentes. Es evidente que las categorías recién señaladas se solapan en algunos casos, con ejemplos tan señalados como el nombre de John, que es a un tiempo nombre tradicional inglés, en el sentido dado por Smith-Bannister, y nombre de un santo del Nuevo Testamento. De hecho, bastantes de los nombres más frecuentemente repetidos pertenecen a más de una categoría, lo que plantea algunos problemas desde el punto de vista metodológico.

La diferencia más señalada entre la Inglaterra reformada y la región por nosotros estudiada es, sin duda, el uso de nombres del Antiguo Testamento. Su progresiva difusión en Inglaterra contrasta con su ausencia casi total en nuestras notarías. Las razones de ello son bien conocidas. Cuando en 1492 el decreto de los Reyes Católicos obliga a los judíos castellanos y aragoneses a convertirse al cristianismo o exiliarse, se bautizaron algunos personajes próximos a los monarcas. Uno de ellos fue Abraham Seneor, rabino mayor de las aljamas, quien, por nombramiento real, pasó a llamarse Fernando Núñez Coronel; mientras que su yerno Mayr se convierte en Fernando Pérez Coronel. Es decir, no sólo se les da un apellido específicamente cristiano, sino también el nombre de un santo, en este caso el patrono del Rey<sup>275</sup>. Pensamos que este ejemplo ilustra algunas de las diferencias entre el caso español y el de otros países del Occidente europeo.

---

1997. El autor utiliza un enfoque cuantitativo, si bien las conclusiones que se desprenden de los datos que aporta permiten deducir el impacto de la reforma anglicana en el campo de los nombres.

<sup>275</sup> Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *El tiempo de los Reyes Católicos*, en VV.AA., *Historia General de España y América*, V, Madrid, Rialp, 1981, p. 564.

En efecto, entre los más de 6.000 sujetos que aparecen citados en los registros notariales de nuestra región durante este periodo, los que llevan nombres de santos del Antiguo Testamento pueden contarse con los dedos de una mano. Sin duda, no dejaba de parecer “sospechoso” un nombre que denotara raíces judías. Son, por tanto, otras las fuentes que se utilizan.

Las fuentes de la renovación onomástica son varias. Ya se ha aludido a la influencia que pudieron tener las canonizaciones de nuevos santos. Pero hay más motivos de inspiración. Quizá el principal sea la Sagrada Escritura; pero, a diferencia de lo que sucede por la misma época en Inglaterra, sólo se toman nombres del Nuevo Testamento; en particular, los de la Sagrada Familia: además de José y María, de los que ya hemos tratado, aparecen, a partir de 1660, Ana – el único usado con anterioridad, pero ahora más frecuente–, Joaquín y Manuel<sup>276</sup> –el nombre de Jesús nunca se usa–, estos dos últimos también con sus formas femeninas. En cambio, desaparece la forma “Salvador”. Junto a ello, se incorporan al corpus, muy tímidamente, algunos otros personajes neotestamentarios, como Lázaro o Marta. En cambio, se evitan cuidadosamente los nombres de santos del Antiguo Testamento, con alguna muy rara excepción, como Susana –la lectura de su historia ocupaba un lugar destacado de la liturgia de la Cuaresma<sup>277</sup>–, y que fue utilizado por algún linaje aristocrático. Otras dos excepciones fueron Gabriel y Rafael, este último también usado por una familia noble. Este apartamiento de la onomástica veterotestamentaria es, sin duda, voluntario, y hay que relacionarlo con el afán de limpieza de sangre que se extiende a todos los estratos de la sociedad peninsular durante estos años. Pegerto Saavedra recoge, en este sentido, una cita del sínodo compostelano de 1735; los rectores de Moraña solicitan “que en la imposición de los nombres se conformen los curas con la voluntad de los padres o padrinos del niño, procurando que sean **propios de algún santo, principalmente del Testamen-**

---

<sup>276</sup> Manuel se difunde también en la parroquia de san Ginés de Madrid, estudiada por Claude LARQUIÉ, “Mentalités et comportements...”, p. 133.

<sup>277</sup> También Dupâquier señala *Suzanne* como uno de los raros casos de nombre bíblico que encuentra en la región francesa por él estudiada: Jacques DUPÂQUIER, “Naming Practices...”, p. 139.

**to Nuevo...**, pero nunca de gentil o idólatra o que denote sangre hebrea<sup>278</sup>.

---

<sup>278</sup> Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana...*, p. 323.

Copyright of Memoria y Civilizacion is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.